

**Jorge Wolff, *Telquelismos latinoamericanos*
Buenos Aires, Grumo, 2009, 295 páginas.¹**

Para que un texto se constituya en materia atractiva, tiene que reunir algunos méritos entre los cuales podemos mencionar la acertada elección del objeto a tratar y la elaboración de una escritura eficaz, ocupada en plantear interrogantes y resoluciones y a la vez, en elaborar un estilo, una voz propia. Cuando se ha leído *Telquelismos latinoamericanos*, el estudio que Jorge Wolff publicó a través de la editorial Grumo, se tiene la certeza de esos logros, que no siempre son alcanzados por tesis doctorales sometidas a rigores innecesarios o a presiones convencionales y equívocamente academicistas. Este no es el caso. Porque se trata de una investigación que nace con los auspicios de una dirección magistral y de un tribunal examinador más que pertinente para abordar el complejo dispositivo histórico y cultural de una relación transnacional. Pero también, ya en el proceso de relectura, corrección y traducción al español (debida a) el tono y el ritmo, la elección personal del recorte realizado, la posición tomada del autor, imprime en la escritura, la marca congruente entre forma e hipótesis: se trata del lenguaje y del texto en tanto objeto. Afortunadamente, no estamos ante la presencia serial del “género tesis” sino ante un libro que exhibe su trayecto discursivo entre el análisis, la narración y la polémica; y aquí habría que atender al uso de modos y tiempos verbales que oscilan entre pretéritos y acontecimientos entrevistados cuyos efectos son señalados en la condicionalidad hipotética del futuro. Wolff nos permite así, fabricar una entrada para entender algo también de nuestro presente. Como si fuera poco, la voz del autor se convierte en interlocutor, no solo de sus lectores sino también de las figuras intelectuales que marcaron un antes y un después de lo que podemos llamar operación de campo. En este sentido, luego de la introducción y los capítulos que integran el libro, las entrevistas que publica al final son el testimonio elocuente de su experiencia integral como investigador y como crítico y su vez, son claves para elucidar los síntomas culturales, históricos, políticos e ideológicos que darán cuenta de aquellas contradicciones y momentos críticos que atravesaron la formación de los movimientos, ejes, grupos y también las individualidades que son testigos y rememoradores de esos efervescentes años.

Es así como irán surgiendo disidencias pluralistas frente a la postulación progresiva de un orden político (como sucede con la trayectoria de *Los libros*), posiciones erráticas y deliberadamente antropofágicas, con el fundamento intelectual de Silviano Santiago, la sistemática trayectoria telqueliana de la paulista Leyla Perrone-Moisés, en tanto discípula directa de Barthes y Haroldo de Campos. En todo caso, Wolff pone de manifiesto dos cuestiones innegables; Héctor Schmucler y Nicolás Rosa dialogan con el autor en Florianópolis y casi treinta años después de la creación de *Los libros*, admiten allí, el cruce corporal que se experimentaba entonces en Brasil y Argentina con la neovanguardia francesa. Las palabras de Rosa son contundentes respecto a posteriores estudios culturales impuestos en las universidades norteamericanas y el verdadero ascendente que ejercieron los saberes que enlazan la literatura a la antropología y a la historia. Ese enfoque vienen de Francia y eso es insoslayable. Sin embargo, tal como lo reconocen Rosa y Schmucler, son ellos quienes tenían que ver con una formación francesa mientras que Sarlo, a pesar de haber absorbido a Barthes y su inflexión con S/Z, viene de otro lugar. Entre desplazamientos, reconfiguraciones y alianzas, ella define el principio de *Los libros* como un laboratorio ideológico movimientos y alianzas, allí donde ni los textos en tanto resultado de un proceso de producción, ni los géneros, en tanto convenciones extinguidas o protocolos históricos según la lectura gradual de Piglia, tienen garantizado un marco unívoco de análisis.

En las entrevistas se marcan literalmente los itinerarios de los realizadores de estos debates y del autor del libro, para quien esos diálogos constituyeron una verdadera experiencia, histórica, arqueológica y repositora. Son microbiografías que dan cuenta de un relato de vida y una formación intelectual. Así, cuidando el mínimo detalle, transcribe el primer tono de reserva y el humor que une a Nicolás Rosa y Héctor Schmucler recordando sus épocas de militancia juvenil. Esa entrevista resulta de la estereofonía de los amigos hablando a la vez, interrumpiéndose mutuamente con risas y algunos sarcasmos; también permite ver la lectura que Rosa hace de la línea de revistas culturales argentinas. De este modo y aunque resalte su filiación directa con Barthes, al principio en una línea nacional, ubica *Los libros* como descendiente de *Contorno* y anticipo de *Punto de Vista*. En este sentido, con distancia, marcan el pensamiento “delirante” del PC y sus negociaciones antisoviéticas con el peronismo de entonces. A pesar de los resguardos iniciales, Rosa reconoce los legados: “...Creo que hay algo, ahora estoy pensando hay

¹ Se reproduce el texto leído por Nancy Fernández como presentación del libro el 19 de agosto de 2009 en el Centro Cultural Rojas de la Universidad de Buenos Aires.

algo /HS Y hay, hay/. La revista *Tel Quel*, los cuarenta y dos primeros números de *Tel Quel*, están en mi biblioteca pero ¡son de él! Nunca se los devolví! Yo me quedé un poco más, después yo me exilio en Europa y me quedé con los libros de Toto. ¡Están allí!”

En cierta forma, Germán García también ofrece un testimonio similar, ya según su óptica, la publicación de “Por un discurso crítico de la cultura” marca un retroceso hacia *Contorno*, en un contexto donde el trabajo de Oscar del Barco sobre Sade en relación a Marx (en materia de capacidad de destrucción de mitos burgueses) ya no tiene demasiada cabida. Entonces, *Literal* fue para García un modo de diferenciarse de la segunda etapa de *Los libros* “No matar la palabra, no dejarse matar por ella” sintetiza lo que pensaba, acerca de entregar el lenguaje sacrificialmente o “matar lo que podíamos decir, subordinando eso a “discursos codificados en función de estrategias políticas”. Si *Los libros* comienza polemizando en vez de juzgar obras ajenas, a su criterio, esa segunda etapa mostraba que el contorno del superyó se volvía a desdibujar y que *Contorno* retornaba en la urgencia de la violencia política y en las esperanzas de las grandes transformaciones”.

El caso de Leyla Perrone Moisés es un claro ejemplo del pasaje del estructuralismo al postestructuralismo, entre las clases que dicta en varios lugares de Brasil, entre los cuales está la Universidad de San Pablo, y su primera estadía en París. Su concepción del estructuralismo es ejemplar dado que entiende a Greimas, a Todorov entre otros como metodologías y modelos de aplicación didáctica que sólo es preparatoria a la crítica literaria y como muestra antifuncional propone analizar *Rojo y Negro* conforme a este paradigma. Y las mudanzas de Silviano Santiago están para dar crédito a la libertad de itinerarios que nunca abandonaría. Sus orígenes cinéfilos ligados también al cómic, convergen en una apreciación de un circuito artístico de cultura masiva que no entra en colisión con su concepción de la vanguardia, con su formación sobre Nietzsche y Derrida. También él, como Piglia, tiene su “entre” con los Black Panthers y la Nueva Izquierda. En su caso se agudiza con los Young Lords (de Puerto Rico) que proclaman todos, universidad abierta para los negros y un lugar para la visión negra. Así, para quien nunca se sintió inhibido en París porque aquello que lo fascinaba le era familiar, también estuvo en el umbral del establishment universitario y las demandas de las minorías.

Tomando como medios centrales el Suplemento Literario del diario *O Estado de Sao Paulo* (1956-1966), y la revista *Los libros* (Buenos Aires, 1969-1976), el autor se propone analizar la trayectoria de algunos protagonistas, desde el modo en que ejercieron la nueva crítica. Si bien la noción rupturista de lo nuevo tiene su anclaje en la vanguardia histórica, Wolff analiza la manera en que dicha concepción se adapta a nuevos contextos históricos, ideológicos y culturales o mejor, se convierte gradualmente en signo de prácticas que responden a demandas sociales y artísticas, acorde a los cambios que afectan al mundo. En el diagnóstico que atañe a una conciencia de época encarnada por el grupo y la revista *Tel Quel*, el modo de leer de los jóvenes escritores, críticos e intelectuales latinoamericanos va a tomar forma, entusiasta, combativa, ambivalente, contradictoria y heterogénea a partir del “pensamiento del 68”, allí donde la producción intelectual comenzará a responder a las vertientes estructuralistas y sus avatares, en la implosión de acontecimientos teóricos, filosóficos y epistémicos como Lacan, Derrida, Barthes o Althusser; también, por supuesto, son fundamentales las relecturas de Freud, Nietzsche, Sade, Mallarmé y Lautréamont. El programa que sintetiza posiciones diversas a lo largo del tiempo, se define como experimentación estética y teórica más revolución política. Desde luego, la ecuación dará resultados dispares relativos a los sucesos específicos en Brasil y Argentina, entre otros factores, por los destiempos entre las crisis políticas e institucionales de cada país. Sin embargo, el planteo tiene la suficiente dimensión para marcar los efectos de los cruces y encuentros entre territorios. Entonces surgen en el estudio de Wolff, los problemas en torno de lo nacional, en procura de insertarse en el debate más amplio dentro del orden mundial. Lo local y lo internacional marcarán experiencias históricas y culturales disímiles para Brasil y Argentina. Así, para Silviano Santiago el persuasivo concepto de entre-lugar define en parte el trayecto coherentemente errático de un autor que ejerce sus facultades en el campo de la esquizofrenia lingüística. Santiago se constituye así, tempranamente, en un intelectual que admite sin prejuicios sus deudas con Derrida y los presupuestos gramatológicos; a su vez revalorizando el modernismo inaugural de Mario de Andrade (por *Macunaíma*) junto a los experimentos de Helio Oiticica, lee en Borges la figura emblemática del escritor latinoamericano: Pierre Menard es la metáfora intersticial de quien asimila el modelo extranjero para producir algo propio, paradójico y radicalmente nuevo. Su mirada será antropofágica y caníbal respecto de la cultura central y hegemónica. Mientras tanto, Leyla Perrone-Moisés discute la adjudicación del rótulo de postmodernista a su maestro Roland Barthes argumentando la procedencia norteamericana del concepto que Lyotard lleva a Francia, lo cual desembocaría en el relativismo absoluto del vale todo y peor aún, en la teoría de la disolución del sujeto. En lo que respecta al grupo y la revista de *Los libros*, los conflictos internos se dirimen sobre instancias artísticas enmarcadas en un entorno político altamente complejo. La energía de jóvenes intelectuales se

debate con fervor entre los residuos de la dictadura de Onganía y el suelo clandestino propiciado por la última etapa del peronismo, el malogrado frondizismo y el golpe trágico y final de 1976. Con un inicio ecléctico que se vuelve homogéneo a medida que se plantean renunciaciones (primero Héctor Schmucler, más tarde Ricardo Piglia), luego que afianzan la discusión en tanto práctica dentro y fuera del grupo (dialogando, constantemente en el caso de Piglia, con Germán García, cuestionados por Osvaldo Lamborghini desde *Literal*), lo que plantea y desarrolla Jorge Wolff es ni más ni menos que la construcción del intelectual como sujeto histórico, ocupado de su presente en la periferia de Latinoamérica. También, hay que detenerse en los distintos enfoques proyectados hacia el fenómeno del boom, revisando las posturas de los disidentes franceses dentro de la cultura dominante hasta las variables adoptadas en nuestro continente: la reivindicación de Cortázar por parte de Santiago, la dedicación que también le profesa por ejemplo Schmucler (tomando como paradigma a 62. *Modelo para armar*). Sin embargo, la cuestión de fondo parece ser otra: la relación entre modernidad y neovanguardia, los reconocimientos y demandas, hostilidades y rechazos desde la praxis experimental hacia la cultura de masas, el mercado editorial *for export*, la industria cultural y la fuerte incidencia de los medios de comunicación en la de-formación de las conciencias civiles y el consecuente aplanamiento de la lucha de clases en el sistema capitalista. Por ello, el objetivo central del ensayo de Wolff es reconstruir la historia del escenario neovanguardista que, en el caso argentino y en palabras de Sarlo, la foto de Kristeva, Barthes y Sollér en la Plaza Roja de Pekín, funcionó a la vez como impacto y lugar común. Frente a tardías impugnaciones e invectivas no demasiado fundamentadas, Wolff busca ajustar cuentas entre el contexto de emergencia y el proceso de transformación de las figuras estudiadas acordando con Perrone Moisés en que las posiciones revolucionarias de los intelectuales se consumaron con la manifestación, con el síntoma diríamos, de la revuelta estudiantil, por lo que no se puede reducir la recepción de *Tel Quel* a una mera moda cultural. Por ello, más allá del materialismo histórico que aquí reivindica de manera cuasi religiosa a Mao Tse Tung (y a su concepción de revolución permanente e infinita), de lo que se trató es de un movimiento por el cual artistas e intelectuales se apropiaron del espacio público para ensamblar arte, política, cultura y sociedad. Como si fuera poco, Wolff nunca pierde de vista las contradicciones y dificultades que asume *Tel Quel* entre la tendencia china y los lazos (que tendrían secuelas irreversibles) con el Partido Comunista Francés. En sintonía con el nuevo objeto texto (basado sobre todo en la teoría de Barthes) y en la noción kristeviana de intertextualidad, en Brasil y en Argentina se contribuye a una verdadera mutación epistemológica, asociada a la significativa productividad sin dueño. En esta línea, la pregunta que el autor se formula es acerca de los medios y estrategias con que operan los intelectuales latinoamericanos desde fines de los sesenta, para que tome cuerpo el pensamiento de Sollers acerca de la escritura entendida como fuerza transformadora y muda, algo bien distinto de una “fraseología referencial sobre la revolución”. Cuales son, entonces, los canales que procesan la semiología postestructuralista para que, en el caso argentino llegue en 1976 la edición porteña de *Literatura, política y cambio*, a manos de Oscar del Barco (colaborador de *Los libros*) y con una imagen de Bertolt Brecht.

El contexto brasileño está marcado por los vínculos establecidos entre la expansión de la cultura popular y masiva (Caetano Veloso) en tanto respuesta posible a la modernidad occidental. En la lectura de Santiago, se trataría de una modernidad de los pobres y dependientes, aunque universales y en términos de Raúl Antelo, portadores de una “actividad traducida como energía diferencial o transgresiva”. Así podemos leer a George Bataille y Mario de Andrade, mientras que el concretista Haroldo de Campos es maestro e interlocutor de Perrone Moisés. En la perspectiva de Wolff, el entre-lugar es la ficción autobiográfica de Santiago (un brasileño, profesor que habla francés en universidad norteamericana), quien construye el lugar del texto bajo la forma de prosa carnavalesca; una vez más, la materialidad significativa, la *folie* (la locura) francesa se ensambla con la *folia*, el “desbunde” y carnaval brasileño con base en la idea de “participación sin pertenencia”. Asimismo, es lúcido el análisis sobre el contraste y la conexión establecidos entre la festividad tropical, la tensión ideológica de *Los libros*, fuerza que Germán García (un directivo de *Literal*) resume en un vector: de *Tel Quel* a la Marcha Peronista. Y es *Literal* quien va a representar el “banquete” tribal, la fiesta del goce salvaje con signo argentino: la violencia. Violencia verbal que supone expropiación del nombre propio y que en Osvaldo Lamborghini supone respuestas filosas y suspicaces. Esa contracara sospechosa e intrigante, corporal y transgresora, implica el juego furtivo y taimado de Lamborghini: la reticencia al diálogo, a las respuestas “dirigidas”, el gesto belicoso hacia toda actitud que quiera ser comunicativa y transparente. Entre el intercambio y la defensa inicial (1971) asumida por *Los libros* hacia el dramaturgo izquierdista Augusto Boal y la escisión de 1972, paulatinamente el eje se reconfigura hacia una sectarización, la cual es asumida programáticamente desde su inicio en el caso de *Literal*. En este contexto, el pluralismo y el concepto de entre-lugar de Santiago, serán rechazados por uno y otro grupo como “mera abstracción declaracionista”. De acuerdo al testimonio de Piglia, en el comienzo, ellos estaban atentos a las prácticas de *Tel Quel* por que combinaban

estructuralismo, maoísmo crítico y literario y psicoanálisis. Y mientras que Nicolás Rosa (el nombre que Piglia sugiere a Schmucler) representa la figura de la nueva crítica, celebrado por los primeros creadores del grupo y por Josefina Ludmer que reseña su primer libro, *Crítica y significación*, Beatriz Sarlo desarrolla su práctica crítica sobre los conceptos marxistas de valor y trabajo. Así, Barthes y Kristeva emplazan los cimientos de su formación intelectual al tiempo que acepta como objeto de la crítica literaria el sistema de condiciones sociales e históricas. Y su viaje a Bolivia con la publicación de un informe latinoamericanizado es parte del proceso que se debate entre el dogma y los textos de ruptura donde pretende hacer funcionar la categoría kristeviana de ideograma. Más o menos visible, según lo resuelva su estrategia, las intervenciones de Piglia en *Los libros*, son ideológicamente decisivas. Tal como expone el autor, Piglia se desempeña en una serie de proyectos que van de artículos de *Tel Quel* que el mismo traduce y que no se llegan a publicar, a la dirección de la Serie Negra de la novela policial norteamericana. Recordemos que uno de sus primeros artículos críticos trata sobre Joseph Heller. Piglia nunca abandonará su reflexión sobre arte y política, yendo de David Viñas, una figura fundacional del grupo *Contorno*, a Rodolfo Walsh cuya insoslayable entrevista señala su permanente búsqueda de espacios de resistencia y oposición a la voracidad del sistema imperante. De esta manera, es posible entrever que la praxis política con perspectiva colectiva encuentra sustento integral, esto es: el presupuesto básico de la transgresión a partir de la hipótesis de que la sociedad está estructurada en el delito. De allí a pensar que el modelo negro constituye una tradición de izquierda distinta del clásico realismo socialista hay un puente que nos lleva a sus lecturas de Borges y Arlt. Si Sollers hablaba de una desenunciación generalizada, el proyecto de Piglia se comprometía con la experiencia de límites político-críticos. “La práctica de los Black Panthers, al crear una perspectiva económica revolucionaria en el interior de los EEUU, quebraban la idea de géneros; desechando las diferencias retóricas, la actividad de los propagandistas negros viene a redefinir en la práctica la función de la escritura. Los militantes negros integran su acción en el contexto de las luchas del Tercer Mundo, habría que tener en cuenta, respetando diferencias y mediaciones, el debate de esa experiencia que dejando de lado las estériles polémicas entre realismo, vanguardia y compromiso, hace del lenguaje, el lugar de la revolución”.

Nancy Fernández